

GACETA MÉDICA DE MÉXICO

PERIODICO

DE LA

ACADEMIA NACIONAL DE MEDICINA DE MEXICO

HISTORIA DE LA MEDICINA.

El Empirismo ó Doctrina Empírica.

POR EL DR. TOMAS NORIEGA,

PROFESOR DE HISTORIA DE LA MEDICINA EN LA ESCUELA MÉDICA DE MÉXICO.

SEÑORES ACADÉMICOS:

Permitidme que antes de empezar mi breve excursión en el florido campo de la historia, me detenga un momento á considerar la importancia de uno de vuestros últimos acuerdos: aquel en cuya virtud, ratificando la iniciativa de la honorable comisión de reglamento, aprobasteis el establecimiento en esta Academia, de una sección de historia de la Medicina.

Con esto habéis dado un nuevo testimonio del buen sentido que preside vuestros actos; vuestro recto criterio os hizo comprender, que la medicina estaría incomprensiblemente mutilada, si no contase en su economía con una ciencia que examinase las relaciones entre los hechos y las causas que los produjeron; que se ocupase en comprobar si los hechos de orden médico fueron recogidos y apreciados con sujeción al método lógico que por su índole requieren; si fueron bien interpretados, y si la doctrina que de ellas nació, fué el resultado legítimo de una inducción severamente empleada. Comprendisteis, asimismo, que la medicina no estaría íntegramente representada en esta Academia, la primera de la República, si no se asignaba un lugar, siquiera fuese modesto, á la historia filosófica de nuestra ciencia, á la que debe fallar en última instancia todas las querellas de doctrinas, todos los litigios de sistemas.

En la memoria que tuve la honra de leer el día 4 de febrero de 1903, llamé vuestra atención hacia la deficiencia que en este asunto presentaba la Academia, y al ofreceros hoy las primicias de la nueva sección, no me negaréis la complacencia de acompañarla con un testimonio público de reconocimiento.

NACIMIENTO DEL EMPIRISMO.

Cuando se estudia la colección hipocrática se ven producirse muchas teorías, se contempla la aparición de muchos sistemas de patología general, pero al instante se comprende que los asclepiades de Cos y de Cnido, si diferían en ciertos asuntos, estaban de acuerdo acerca de los primeros principios del arte de curar; su método era idéntico, y consistía en el razonamiento aplicado á hechos reales ó supuestos.

Es preciso llegar á Alejandría para contemplar una escisión precoz y radical entre los médicos: unos razonan, otros rechazan toda clase de razonamientos; los primeros, se llaman *dogmáticos*; los segundos, *empíricos*.

Hay dos formas de empirismo: uno vulgar, ignorante, primitivo; que es de todos los tiempos y de todos los lugares; otro ilustrado, histórico, fundado por Filino de Cos, y desenvuelto por Serapión de Alejandría; el primero, no es doctrinal, el segundo, sí; el uno merece el desdén; el otro la crítica.

Antes de la emigración de la medicina á la capital del Egipto, el dogmatismo reinaba con imperio absoluto; los primeros ataques que sufrió fueron lanzados por Crísipo de Cnido, que combatió el empleo de los purgantes, de la sangría, y las principales prácticas enderezadas á evacuar los humores nocivos.

Erasístrato, discípulo de Crísipo, y Herófilo, respetaron el fondo de la doctrina hipocrática, aunque la combatieron en algunos puntos; pero sus discípulos Filino y Serapión no la guardaron ningún miramiento: combatieron los principios mismos de la doctrina y pretendieron que todo lo que ésta afirma acerca de los elementos y cualidades elementales, los humores cardinales, la cocción, las crisis y los días críticos, las causas ocultas ó próximas y la esencia de

las enfermedades, era falso ó hipotético; condenaron asimismo como dudoso, osado é inútil, el axioma terapéutico de los dogmáticos: «*contraria contrariis curantur*» é intentaron reconstituir la medicina sobre nuevos fundamentos.

EXPOSICIÓN DEL EMPIRISMO.

Los empíricos escribieron muchos libros, pero todos se han perdido; para conocer su doctrina sólo contamos con referencias de autores de otras escuelas: tenemos, sobre todo, la requisitoria de Galeno, como él vehemente y apasionada; y el juicio frío y sereno de Celso. Cítase gran número de médicos ilustrados que abrazaron la doctrina, pero el más célebre, después de los corifeos, es Heráclides de Tarento; Celio Aureliano y Galeno, aunque enemigos de la secta empírica, hablan de Heráclides en términos lisonjeros.

He aquí, según Celso, cómo discurrían los empíricos: «Entre los enfermos que en el principio estaban sin médicos, los unos atormentados por el hambre han comido desde los primeros días; los otros, al contrario, desganados, no han querido tomar nada, y se han sentido mejor que los primeros. De la misma manera, unos han comido en el tiempo mismo de la calentura, otros un poco antes, otros al fin del acceso, lo que ha dado buen resultado á estos últimos. Igualmente, unos han comido mucho al principio de su enfermedad, otros muy poco; los que se habían llenado de alimentos han estado más gravemente enfermos que los otros. Como esta especie de cosas sucedía todos los días, hombres atentos han observado lo que mejor probaba y lo han prescripto á sus enfermos. Es de aquí de donde ha nacido la medicina, que, por los ensayos que han sido hechos, ora con ventaja, ora con detrimento de los enfermos, ha enseñado á discernir las cosas perniciosas de las que son saludables. No es, pues, sino después de haber encontrado los remedios, cuando los hombres han comenzado á razonar acerca de su manera de obrar.» (Celso. Traducción de Nainin, Libro 1º, capítulo 1º)

Los manantiales de donde salían los conocimientos médicos eran tres: *la autopsia, la historia y el analogismo ó epilogismo.*

Autopsia.—Los empíricos comprendieron todo el valor de esta

parte del célebre aforismo hipocrático: *experimentum periculosum*; y por tal motivo se rodeaban de todo género de precauciones cuando inquirían hechos de orden patológico. Era de rigor, entre ellos, que una enfermedad hubiese sido observada gran número de veces, desde su comienzo hasta su fin; en estado de sencillez y de complicación; en individuos de diverso sexo, constitución y temperamento; que se tuviese en cuenta qué condiciones favorecen y cuáles dificultan su desarrollo, etc., etc.; y hasta que habían observado una enfermedad, cumpliendo con todos estos requisitos, se creían en posesión de una *autopsia*. En cuestión de terapéutica era de rigor, para poder juzgar de la eficacia de los medios curativos, que se hubiese empleado muchas veces un mismo tratamiento contra una misma enfermedad, y en condiciones bien determinadas. Distinguían bien el síntoma de la enfermedad; un fenómeno aislado ó aisladamente considerado recibía el nombre de síntoma, y daban el de *concurso* á una asociación de fenómenos anormales, que se presentaban siempre del mismo modo. En la apreciación de los síntomas, concedían mayor importancia á los que denotaban la alteración profunda de un órgano esencial, al que afectaba funciones necesarias para la vida ó al que persistía durante todo el curso de la enfermedad; pero, cualquiera que fuese la importancia de un fenómeno patológico, no le acordaban una consideración exclusiva, sino enseñaban que se atendiera, de preferencia, al conjunto de síntomas.

Cuando se había observado muchas veces una misma enfermedad, y se guardaba un recuerdo fiel de sus síntomas, curso, duración, terminaciones, complicaciones más frecuentes, y de los recursos terapéuticos empleados para combatirla, se poseía un *teorema*; la adquisición de muchos teoremas era la experiencia ó habilidad práctica.

Cada teorema tenía un nombre especial sacado, ora de la parte principalmente afectada, como gastritis y neumonía; ora del síntoma dominante, como manía é ictericia; ó de su semejanza con algún objeto extraño, como cáncer y elefanciasis; pero daban mínima importancia al nombre de una entidad nosológica, que no representaba para ellos, la esencia de la enfermedad, sino sólo una asociación ó

concurso de síntomas que nada decían acerca de la naturaleza del mal.

Historia.—Muy pocos hombres tienen las condiciones de paciencia, sagacidad y memoria necesarios para observar personalmente y con todas las condiciones antedichas gran número de teoremas; el que tal cosa emprendiera, llegaría á una edad muy avanzada antes de poder comenzar el ejercicio de la medicina; además, la experiencia de las generaciones anteriores, sería completamente inútil sino suministrase alguna enseñanza, y la medicina quedaría estacionaria ó haría todo lo más, progreso baladíes. Así para compensar esta deficiencia de la autopsia, los empíricos recurrían á la historia, es decir, á las relaciones clínicas y á los teoremas consignados en los libros; la ajena experiencia enseña al hombre á rectificar sus observaciones, á llenar sus deficiencias, á participar de la experiencia de los otros: aprovechándola, puédesse adquirir en pocos años más habilidad práctica que la que puede proporcionar toda una vida consagrada á recoger observaciones á la cabecera del enfermo.

Mas para sacar fruto de la ajena experiencia, precisa hacer de ella un uso discreto; no dar crédito á las historias clínicas, sino cuando presenten caracteres suficientes de verdad; entre éstos, los empíricos señalaban como principales los siguientes: 1º, la reputación del autor: debe tenerse más fe en los relatos de un hombre que tuvo fama de observador atento y de escritor verídico que á las de un sujeto que fué tenido por observador poco atento y por escritor poco sincero; 2º, cuando muchos historiadores, de distintas épocas y lugares, refieren el mismo hecho con análogas circunstancias, esto constituye un poderoso motivo de confianza; 3º, lo que más seguramente garantiza la exactitud de una relación clínica, es que esté de acuerdo con nuestras propias observaciones. Precisa, pues, antes de aceptar el dicho de un autor, someterle á una crítica severa y graduar la fe que debe dársele por la certidumbre que proporcione. Así esclarecida y depurada, la historia es un manantial fecundo de enseñanza.

Analogismo.—En la práctica médica puede haber ocasiones en que ni la autopsia ni la historia suministren antecedentes directamente aplicables al caso de que se trate; así, por ejemplo, puede-

ocurrir que se trate de una enfermedad no observada hasta entonces, ó que, aún siendo conocida, no se disponga de los recursos terapéuticos cuya eficacia abonen la historia y la autopsia: en entrambas eventualidades los empíricos resolvían el problema juzgando por analogía, *transitus ad simile*. Así, en el caso de una enfermedad nueva ó no conocida de ellos, buscaban en sus propias observaciones ó en las historias clínicas la enfermedad que presentaba mayores semejanzas con la actual, y trataban ésta, con sujeción á lo que la experiencia había enseñado ser eficaz contra aquella. En la segunda eventualidad, cuando conocida la enfermedad carecían de los medios curativos aconsejados, trataban de reemplazar con un equivalente, el remedio de que carecían.

En resumen: la observación personal ó autopsia, la historia y el analogismo, llamado también substitución y epilogismo, eran los fundamentos, ó para hablar el lenguaje de los empíricos, el tripié de la medicina.

CRÍTICA DEL EMPIRISMO.

Para apreciar con recto criterio el valor filosófico de la doctrina empírica, precisa conocer las circunstancias que la precedieron preparando su aparición, y las que la determinaron.

A partir de Hipócrates, la casi universalidad de los médicos aceptó con fe ciega el dogmatismo, que, con modificaciones más ó menos accidentales, dominaba en todas las Escuelas.

Esta doctrina enseñaba que en la economía animal hay fuerzas, ó principios, ó movimientos espontáneos, que rigen sus fenómenos, así en el estado de salud como en el de enfermedad; describía admirablemente el concenso de las fuerzas vitales, las llamadas simpatías del organismo y sus esfuerzos naturales para rechazar ó destruir las influencias patogénicas; y con laudable perseverancia se propuso descubrir las leyes que rigen el principio vital ó las fuerzas orgánicas, en cada enfermedad. Pero independientemente de las fuerzas orgánicas, existen las fuerzas anorgánicas ó físico-químicas, que turban y en ocasiones destruyen, la acción de las primeras; ahora bien, los dogmáticos clasificaron las fuerzas extrañas en cuatro especies: calor, frío, sequedad y humedad, que correspondían á las cuatro formas

elementales de la materia admitidas por los físicos de entonces: fuego, aire, tierra y agua; después, para uniformar su doctrina, supusieron en el cuerpo vivo la presencia continua de cuatro humores: sangre, pituita, bilis y atrabilis, caracterizados cada uno de ellos por la predominancia de una de las cualidades elementales ó fuerzas extraorgánicas. Compréndese desde luego que esta clasificación de las cualidades elementales, su presunta analogía con los humores, su manera de obrar, etc., todo esto es hipotético, imaginario, insostenible: resultó, por ende, que al aplicar semejantes doctrinas al conocimiento de la naturaleza de las enfermedades y á la elección de los remedios, incurrieron en los más extravagantes errores, en los más inexplicables desvaríos.

Fueron tantas y de tan gigantesca magnitud las desastrosas consecuencias á que les condujo en la práctica este modo de razonar, que provocó una reacción que, como sucede á menudo, llegó muy más allá de los límites debidos.

Por otra parte, los descubrimientos anatómicos de los médicos de Alejandría, Herófilo y Erasístrato, condujeron á buscar nuevas orientaciones á los estudios patológicos.

Así, el empirismo significó una enérgica reacción contra los abusos del razonamiento; contra *el razonamiento irracional*, si pudiera expresarme así: reacción desmedida, hundió á sus secuaces en otro linaje de errores y retardó la constitución científica de la patología.

De los dos principios fundamentales del empirismo, el uno, la experiencia como método de investigación en medicina, no era nuevo, fué aconsejado por el gran Hipócrates, según lo acreditan varios textos de sus libros; el otro, la exclusión sistemática del razonamiento es falso, absurdo, insostenible.

Desde la antigüedad, médicos muy eminentes, á la cabeza de los cuales está Celso, han discutido largamente acerca de la preferencia entre las dos doctrinas, y adujeron excelentes razones para probar sin réplica, que la medicina no puede excusarse del razonamiento, y que todo el debate se reduce á usar bien de aquel.

En efecto, si nunca se hubiese razonado en medicina, no habría hecho jamás sólidos y verdaderos progresos: es imposible que el hombre deje de razonar acerca de lo que observa, sea cual fuese el

género de estudios á que se consagre; sólo razonando se asigna á los síntomas su genuina significación; sólo razonando se puede descubrir la sede de las lesiones que afectan las profundidades del cuerpo, y sólo razonando puede el observador elevarse hasta las más encumbradas abstracciones y á los principios fundamentales de la ciencia de la naturaleza.

Muchos é importantes descubrimientos son productos del razonamiento.

En el siglo XV el médico y teólogo español Miguel Servet, el que murió en una hoguera encendida con el odio del protestante Calvino, negó la doctrina, entonces reinante, acerca del paso de la sangre á través del tabique interventricular, y aseguró que toda la sangre que llega á las cavidades derechas del corazón pasa por la arteria pulmonar, se distribuye al pulmón y retorna al ventrículo izquierdo por las venas pulmonares; idea luminosa, hecho perfectamente exacto, que acaso influyó directamente en el grandioso descubrimiento de la circulación general que en el siglo siguiente debiera inmortalizar al ilustre médico de Folkstone. Pues el descubrimiento de la circulación pulmonar no fué resultado directo de disecciones anatómicas; fué sugerido por la razón, y poco tiempo después R. Colombus con el cuchillo en la mano ratificaba la tesis de Servet.

Mucho tiempo antes del advenimiento de la bacteriología, se profesaba en todo el mundo la creencia en la naturaleza viva de los virus y los miasmas, y la ciencia moderna confirmó la exactitud de esa doctrina.

Los autores más juiciosos han aconsejado no aplicar el razonamiento en la investigación de las causas, sino á las que son accesibles y en la interpretación de los síntomas, sino á los que son susceptibles de explicación satisfactoria. Mas ¿quién podrá delinear los límites entre lo que puede y lo que no puede ser explicado, entre lo que se debe esperar, conocer y lo que es inútil investigar? Cada cabeza tiene alcances especiales para la investigación de la verdad: hay talentos escasos, aunque juiciosos, que sólo perciben cortas deducciones; así como los hay limpios y brillantes que alcanzan muy lejos; hay también ingenios osados y extravagantes que se lanzan mas

allá de los hechos y se extravían en las regiones de lo imaginario.

Búsquese, pues, en los métodos lógicos un valladar á los extravíos de la razón, pero no se proscriba de la investigación científica de la naturaleza, ese supremo recurso, sin el cual no serían fructíferas ni aún posibles la observación y la experimentación.

Parece que Galeno consideró el empirismo médico como una aplicación á la medicina, de la filosofía escéptica de Porménides y Pirro, y Sprengel participa de este parecer. Sexto empírico, médico filósofo del siglo III de nuestra era, niega que haya analogía entre el escepticismo filosófico y el empirismo médico.

Si comparamos los principios más fundamentales de entrambos sistemas, encontramos: 1º Que el filósofo escéptico duda de todo, porque existen, según él, iguales razones en pro y en contra de la existencia de las cosas; el empírico rechaza todos los juicios que vienen directamente de los sentidos, pero admite la certidumbre del hecho y la verdad de la observación. 2º El escéptico reconoce que hay sensaciones agradables y desagradables, pero nada juzga acerca de ellas, sino que confiesa ingenuamente su ignorancia; el empírico conviene en que ignora la esencia de las sensaciones, pero afirma, además, que esta esencia es impenetrable, porque escapa á la apreciación de los sentidos. 3º El pirrónico tiende á la inacción, porque no encuentra motivos que le determinen á obrar: si fuera médico aceptaría con predilección la terapéutica expectante; mientras que el empírico obra con actividad porque cree en la exactitud de las reglas de su sistema.

De esta somera comparación resulta, que si el empirismo tiene relación con la filosofía escéptica, hay también, entre ambas doctrinas, capitales diferencias, lo que veda mirarlas como oriundas de una fuente común.

Sí, pues, se pregunta, á qué doctrina filosófica debe referirse el empirismo médico, creo que puede contestarse con Renouard: que deriva del antiguo sensualismo, del que sintetizó Aristóteles en su célebre proposición: *Nihil est in intellectu quod prius non fuerit in sensu*.

Si en el desenvolvimiento de los dos sistemas se acentúan más tarde graduadas diferencias, precisa para explicarlas, reflexionar que

Aristóteles, confundiendo las ideas confusas con las generales, sostuvo que las primeras ideas que producen los sentidos son generales, en tanto que los empíricos juzgaron, según parece, y de acuerdo con el moderno sensualismo, que las sensaciones producen ideas particulares.

Sea como fuere, hay otro reproche que dirigir al empirismo antiguo: en efecto, después de haber pacientemente acumulado una cifra colosal de especies nosológicas, sus sectarios no indujeron ningún principio general; no supieron dar un aspecto científico á sus investigaciones; dejaron su obra incompleta y ni aún indicaron á sus sucesores cuál era el objeto final de su labor.

El empirismo, después de haberse extendido con rapidez, decayó violentamente, falto de las condiciones de vida que exigía el mundo sabio de aquella época: su caída, empero, no fué definitiva, y habremos de verle resucitar á impulso de los trabajos de Bacon, Locke y Condillac.

México, 27 de junio de 1906.

T. NORIEGA.

CLINICA INTERNA.

Ligero estudio sobre algunos puntos interesantes que se refieren á la Gastro-duodenitis.

La gastro-duodenitis es en México una enfermedad frecuente; se observan á veces todos los años enfermos que tienen una grande importancia por lo que se refiere al régimen alimenticio; en lo general está perfectamente indicada dieta láctea y aprovecha; pero no siempre es así, no son raros los casos en los cuales se ve que perjudica y hay mucha repugnancia para recibir ese alimento.

La gastro-duodenitis es sabido que sobreviene en circunstancias y por causas diversas: se observa en todas las edades, es muy frecuente en los dos primeros años de la vida; en la juventud es rara,